

Editorial

África se desangra. Su endémica tortura se ha endurecido en los últimos meses con furia desatada, desbordando los ya generosos límites que nuestra acostumbrada imaginación concibe para el padecimiento, para el daño, para la desgracia. Una furia que los ciudadanos del mundo rico contemplamos entre conmovidos e impotentes, en un espectáculo que nos parece esencialmente ajeno, propio de la barbarie de pueblos semisalvajes sumidos, además, en la desventura. Un espectáculo, todo lo más, que nos mueve a una cierta compasión bienpensante y tranquilizadora, pero del que nos desentendemos cuando sus imágenes se nos hacen demasiado intolerables o cuando, simplemente, nos aburren.

Es una muestra más de nuestra interesada inconsciencia: el horror subsahariano es un horror producido en gran medida por nosotros, por el civilizado mundo rico. Un horror generado por la permanente imposición en África de un orden depredador, pensado para el exclusivo beneficio del Norte, para nuestro beneficio.

Ha sido, en efecto, el mundo rico quien ha creado las artificiales naciones subsaharianas, quien las ha hecho extremadamente dependientes en sus economías, quien ha impulsado en los años 70 y primeros 80 su endeudamiento desmesurado y quien, ante la posterior pérdida paulatina de interés de sus productos, las ha marginado progresivamente en los mercados internacionales, provocando en ellas una crisis brutal e imponiendo después drásticos y antisociales programas de ajuste. Ha sido también el mundo rico quien ha azuzado sin descanso la inestabilidad política y la violencia entre etnias y países. Y ha sido, finalmente, el mismo mundo rico quien ha propiciado las dramáticas guerras tribales actuales, al emprender, como única iniciativa de apoyo ante la quiebra económica del continente, una política de ayuda limosnera que en ningún caso

soluciona los inmensos problemas de fondo de la zona y que ha desencadenado en cada país una feroz lucha por el control de los aparatos estatales, intermediarios y redistribuidores de la ayuda y casi exclusivos, por ello, suministradores de recursos. En sociedades divididas en grupos étnicos tradicionalmente enfrentados las tribus se han convertido en brutales plataformas de asalto violento al Estado para conseguir la supervivencia.

No es posible, por tanto, ocultar nuestra responsabilidad en esta tragedia. Una tragedia que, agravada por un deterioro ambiental y por un crecimiento demográfico intensísimos —inevitables compañeros de la miseria en nuestro tiempo—, ha alcanzado ya niveles muy difícilmente encauzables. Máxime cuando, al contrario de lo que sucede en otras zonas, esa gravedad no parece poner en peligro a corto plazo nuestra acomodada situación. Ésa es —como ha escrito Manuel Castells— la verdadera maldición del continente: «en realidad, no hay ninguna razón práctica para preocuparse por África. Por eso África está maldita».

Maldita, pues, por nuestra ceguera mercantilista, pero también por nuestra complacencia, por nuestro egoísmo. Por eso, sus incalculables males sólo podrán empezar a encontrar remedio si su contemplación despierta en nuestros endurecidos corazones la conciencia. Si nos ayuda a comprender la hondura de nuestra culpa. Si nos revela el despiadado papel que en este drama atroz estamos desempeñando.

Sólo de esa convicción podrá brotar el arrepentimiento sincero que, más allá de todo pragmatismo y de todo limosnerismo, mueva a la necesaria acción colectiva —política— que encare con decisión los problemas.

A buen seguro, nos cansaremos antes del espectáculo y cambiaremos, sencillamente, de programa. Europa y yo somos así, querido lector. ▲